

disimulando

Por Marichu de la Mora

NOCHEBUENA

...cionante de sus Nochebuenas...
"Ella", encerrada cerca de "él"
y de sus padres, escuchando
la conversación trascendental.

razón. No había Alicia calculado la distancia, y al poco rato de estar andando se dió cuenta de que iba a tardar más de lo que sospechara en llegar a su destino. Después de todos sus apuros y sus preocupaciones, la idea de llegar tarde la dió, sin saber por qué, ganas de reír.—«¡Sólo hacía falta esto!», pensó. Pero no podía evitar estar alegre. La noche, fría y helada, estaba hermosa, y las estrellas alumbraban el cielo.

Era más de la una cuando llegó a la casa de los padres de José Luis. El portal estaba abierto e iluminado. Dos señoras salían en aquel momento. El verlas dió a Alicia la sensación de que no debía de ser muy tarde. Sin haber estado nunca en esta casa, Alicia conocía todos los rincones. ¡Se la había explicado tantas veces José Luis! Fué derecha al ascensor y tocó el botón del segundo piso. Ella sabía que era un ascensor para el exclusivo uso de la familia y que el segundo piso la llevaría a la parte de recibo de la casa. Pasó el primer piso y su corazón volvió a latir con fuerza ante la eminencia del momento. Pero de repente... ¿Qué había pasado? El ascensor se paró como un suspiro y se encontró envuelta en las tinieblas. Una cabeza asomó por lo que debía de ser hueco del ascensor y dijo:—«Está todo apagado, señora marquesa». Después oyó cerrar una puerta. Su estupor había sido tan grande en el primer momento, que no se la ocurrió llamar o pedir auxilio. En seguida comprendió lo que la había sucedido. José Luis la había hablado varias veces del miedo de su madre a los incendios y de cómo ella misma velaba todas las noches para que quedara cortada la corriente eléctrica de las diferentes dependencias de la casa. ¿Empezaría a chillar? ¡La parecía tan ridícula su entrada por primera vez en esa casa dejándose encerrar en el ascensor! Además, debía de ser más tarde de lo que ella había sospechado. ¿Podía alborotar a todas las gentes a esas horas de la madrugada? ¿No iba a ocasionar una mala impresión que la sería difícilísimo borrar? Por otra parte, ¿qué estaría pensando José Luis de ella? ¿Crearía que había faltado a su palabra? Este pensamiento le era odioso. Tanto, que casi la decidió a llamar, pasara lo que pasara. Ya había abierto la boca, cuando se encendió una luz a pocos pasos de ella y por la ventana iluminada pudo ver en el interior de un cuarto. Era un salón, y en él entraban un señor y una señora de bastante edad.—«Los

padres de José Luis», pensó Alicia conte-

niendo la respiración.

—«¿Llamaré ahora?», se preguntó. Pero el aspecto sereno de la

Pensó Alicia contentiendo la respiración

escena que presenciaba hacía que la diera más reparo dar a conocer su situación grotesca.—«¡Si fuera alguno de los criados, o se le ocurriera a José Luis venir por aquí! Pero a estos señores...» Mientras tanto, ellos se habían sentado en el sofá, y Alicia se dió cuenta de que oía con facilidad todas sus palabras.

—¿No estás fatigada, Emilia?—preguntaba el señor.

—No, gracias. Me encuentro perfectamente. Aunque, de todas maneras, creo que ya es hora de retirarnos. He mandado acostarse a los criados. José Luis también se ha ido a la cama. (El corazón de Alicia dió un vuelco.) ¡Pobre muchacho! Creo que se ha llevado una gran desilusión al no ver aparecer a su... ¡Bueno, a esa muchacha!

Si sonido tan poco elegante pudiera salir de los labios de tan ilustre prócer, diríamos que el marqués contestó con un gruñido. Viniendo de él, diremos que pareció ahogarse en un ataque de tos.

—Es la primera cosa que me ha gustado de esta muchacha desde que oigo hablar de ella. ¿Cuándo se ha visto que una señorita vaya a visitar a su novio a su propia casa sin conocer a los padres? ¿Qué maneras son ésas? (Alicia, instintivamente, se agazapaba en una esquina del ascensor.)

—Pero, José Luis, si era precisamente para que la conociéramos.

—Ya sabes que no estoy nada de acuerdo con estas costumbres modernistas. Pero hoy tengo que decir que la muchacha ha dado señal de buen sentido.

—Me alegro por José Luis que pienses así. Tú no te das tanta cuenta de estas cosas. Pero el chico está pasando una mala temporada. Hasta creo que ha adelgazado algo.

—Y tú sigues en la idea de que José Luis tiene dos meses y de que hay que pesarle todas las semanas. Es ya un hombre hecho y derecho.

—Por eso mismo. ¿No crees que es tiempo de que se case? Yo, francamente, sería feliz de verme rodeada de nietecitos mientras aun pueda valerme.

—¡Que se case, sí! ¡Que se case! ¿Pero con esta señorita, que no sabemos quién es? ¿Ni de dónde ha salido? ¡Una mujer que trabaja! Lo que José Luis necesita es una buena mujer de su casa. ¡Si yo te hubiera visto en una oficina, no te habría mirado a la cara!

—¡Por Dios, hombre, eran otros tiempos! La muchacha parece formal, por lo que nos han dicho. Ya sabes que su padre es un militar retirado. Si hubiera sido una aventurera cualquiera, no habría dejado de venir aquí esta noche, aunque no hubiera sido más que por curiosidad.

—En esto ya sabes que estamos conformes. Y con voluntad propia, ¿eh? ¿Qué se habría creído José Luis? ¡Me ha gustado el rasgo! Tanto, que ¿a que no sabes una cosa? ¿A que no te imaginas lo que se me está ocurriendo?

—No; ¡claro! ¿El qué?

—Mañana voy a acompañar a José Luis a casa de su novia. Voy a explorar el terreno. ¿Qué te parece? Nada como ver las cosas con los propios ojos. Y ahora, a la cama. ¿Está todo apagado? Yo cerraré esta llave.

Alicia pensaba que era imposible que no oyeran los latidos de su corazón. Semejante felicidad, ¿era posible? ¡Y ella que unos minutos antes creía que todo estaba perdido! ¿No era éste el mejor regalo de Navidad que podría recibir? Sin duda que su plegaria había sido escuchada.

A los simples mortales que no viven los momentos maravillosos de un amor feliz, quizá pueda parecerles que seis horas encerrada en la estrecha caja de un ascensor no son el colmo de la comodidad. Para Alicia, sin embargo, resultaban la mejor suculsa de la gloria. Las horas volaban. Casi no había tenido tiempo de repetirse las palabras de los que ya consideraba sus suegros, cuando se encontró puesta en movimiento por causas ajenas a su voluntad. El ascensor descendía.—«Ahora un poco de suerte, para que no me vean», pensó al llegar a la portería. Decididamente, la suerte estaba dispuesta a acompañarla. Nadie la vió salir a la calle, ni nadie la vió entrar en su casa.

José Luis la llamó por teléfono a media mañana. Su voz radiaba de felicidad.

—¡Tengo millones de cosas que contarte! Todas buenas. Papá y yo vamos ahora mismo a ver a tu padre. Ya te contaré. ¡No puedes ni imaginarte lo que ha pasado!

Dos horas más tarde, el militar retirado, que vivía más bien de sus recuerdos, y el viejo marqués de Castro Montero, estaban enfrascados en una cordial conversación sobre «sus tiempos».

José Luis hizo una seña a Alicia y salieron al pasillo.

—¡Quién lo hubiera imaginado! Si los dejamos, hablarán hasta mañana. Eso sí, sospecho que se han olvidado por completo de nosotros y que jamás se acordará papá de pedir tu mano. Pero, dime, ¿qué te hizo cambiar anoche de parecer? ¿Cómo no viniste por fin a vernos?

—¡Es un secreto! ¡Para todos... menos para ti!

Y le contó la historia.—«Es lo que se llama «callar la verdad... disimulando.»

—¡Y pensar que yo estaba a unos metros de ti sin saberlo! ¡Y tú, pobrecilla, encerrada toda la noche! ¡Vaya Nochebuena!

—La más feliz de mi vida, José Luis.

